Homilía en Te Deum
Iglesia Catedral de Chillán – 18 de septiembre de 2021
Obispo Sergio Pérez de Arce

Hemos llegado a esta Iglesia Catedral para dar gracias a Dios por nuestra patria, por nuestra historia y los lazos que nos unen, y para pedirle al Señor que nos renueve en el desafío de ser hermanos.

Saludamos la presencia de todas las autoridades y de todos quienes representan a diversas instituciones. Junto a los hermanos de comunidades católicas de la ciudad, nos unimos en el afecto común por nuestra patria y en la oración por ella.

Con sencillez quiero compartir con ustedes algunos desafíos que veo en este momento de nuestra historia. Seguramente hay muchos otros que tenemos que discernir constantemente. Lo importante es que nos hagamos cargo cada día de edificar con dedicación este país que queremos.

Un desafío es crecer en el diálogo, la cultura del encuentro y la amistad social.
Estamos viviendo un proceso inédito en el país, como es la redacción de una nueva Constitución. La Convención Constitucional, órgano elegido por los ciudadanos para acordar las bases fundamentales de nuestra institucionalidad, está en pleno desarrollo. No corresponde sembrar desesperanzas respecto de este camino, todavía en su etapa inicial, sino valorar que la patria pueda darse este proceso de encuentro y de construcción común a partir de sus diferencias. Pero, por lo mismo, dada la importancia que le asignamos y el anhelo compartido de que el camino emprendido sea exitoso, tenemos que insistir en la importancia del diálogo y la amistad social, un desafío que, por lo demás, tenemos en los más diversos campos de nuestra convivencia: en el Parlamento, en las instituciones, en la ciudad, en el barrio, en la familia.
No nos extrañemos que tengamos diferencias, es parte de nuestra diversidad. Pero sí extrañémonos y lamentemos todas las expresiones descalificatorias de los demás, a menudo manifestadas con virulencia y agresividad. Para dialogar necesitamos reconocer al otro como interlocutor válido y comprender el sentido de sus posturas. Aunque no las pueda asumir como posturas propias, es clave escuchar y buscar los puntos de contacto. No hay diálogo si cada uno se

instala autosuficientemente en su modo de ver las cosas, sino que es necesario buscar acuerdos. Como señala el Papa Francisco, “las diferencias son creativas, crean tensión y en la resolución de una tensión está el progreso de la humanidad”.
Ha habido en el último tiempo un cierto desprestigio del consenso, lo que no nos hace bien, pues intercambiar ideas y posturas y llegar a acuerdos beneficiosos para el bien común es el camino para construir una democracia. Lo que hay que evitar, por supuesto, es quedarse en consensos cómodos, que no asumen los anhelos de justicia y solidaridad y puedan prestarse para resguardar los intereses de aquellos que no quieren ningún cambio. O los consensos superficiales, donde se olvidan valores fundamentales y no existe ni el bien y el mal, sino solamente el cálculo de ventajas y desventajas. El auténtico consenso debe respetar la verdad de la dignidad humana, que reconocemos mediante la razón.

Un segundo desafío es no solo responder a las necesidades del presente, a abordar las exigencias de hoy, sino también cuidar nuestro futuro.
Digo esto especialmente respecto del cuidado de nuestra casa común, donde ha crecido la conciencia de que no podemos hipotecar el bienestar de las generaciones futuras explotando y expoliando la naturaleza. Sabemos que los poderes económicos buscan una ganancia o beneficio rápido, por eso a menudo no les interesa el cuidado de la casa común. La comunidad en su conjunto debe velar por este cuidado y buscar las políticas y criterios que nos permitan un desarrollo sostenible.
Pero la inmediatez, el buscar una ganancia rápida, tiñe lamentablemente el accionar político cotidiano, y los actores políticos muchas veces no actúan pensando en el bien común a largo plazo. “Pensar en los que vendrán no sirve a los fines electorales” señala Francisco, y estos actores concentran gran parte de su trabajo y de su tiempo en la coyuntura inmediata, a menudo superficial. Todos reconocemos que la pandemia ha obligado a responder a las necesidades urgentes y básicas, y que hay siempre muchos problemas que afrontar, y es justo agradecer el esfuerzo de tantos. Pero un buen liderazgo mira en perspectiva y se preocupa más de generar procesos que solo ocupar espacios de poder. Hay muchos problemas que hoy no se están afrontando bien o se postergan, como el tema de las pensiones, la focalización de los recursos en los más pobres, el avance en la educación preescolar. Generar procesos sociales de fraternidad y justicia para todos, es siempre el camino para rehabilitar el significado y misión de la política.

Y un tercer desafío, siempre actual, es la preocupación por los más frágiles, los descartados, precisamente porque los olvidamos, los dejamos entregados al desamparo, en medio de una sociedad por otro lado tan opulenta.
La pandemia ha revelado muchas cosas buenas en nuestra sociedad, como la solidaridad de tantas personas e instituciones, la importancia de un Estado sólido y la importancia de un sistema de salud básico eficiente y extendido, pero ha revelado también grandes pobrezas: la enorme cantidad de personas que labora en trabajos informales, que viven del día a día y sin todos los beneficios de la seguridad social; la precariedad laboral a la que se ven sometidos muchos inmigrantes, a los que se les explota aprovechándose de su necesidad; y la persistencia de la pobreza en parte significativa de la población. La última encuesta Casen nos mostró que la pobreza, que venía bajando sistemáticamente, volvió a crecer en el último año, y debemos lamentar

también que hoy más personas viven en campamentos: más de 81.000, contra 47.000 que lo hacían en el 2019.
La persona humana es el valor primario de nuestra sociedad que hay que respetar y amparar, y no se puede descartar a nadie: ni por ser pobre, ni por ser discapacitado, ni por ser viejo, ni por estar en el vientre de la madre y no haber nacido aún. El respeto de la persona humana ha de ser el norte de toda nuestras búsquedas y transformaciones como nación.

Ante estos y otros desafíos, todos quienes tenemos alguna responsabilidad de servicio en la sociedad, en las diversas organizaciones, tenemos que preguntarnos qué liderazgo ejercer, dónde poner el acento.

Quisiera invitarlos a ejercer un liderazgo dialogante, colaborativo, que tiende puentes y no levanta muros. Una manera de actuar basada en una cultura del encuentro, que no deja fuera del encuentro incluso la amabilidad. Una región nueva como Ñuble podría cultivar también nuevas maneras de relacionarse y de trabajar por el bien común de parte de los actores sociales y políticos.

Invitarlos y demandar como ciudadano, un liderazgo ético, que no cede a la corrupción, a la ganancia fácil y no se centre en la búsqueda de los propios intereses. En nuestra vida social y política hay corrupción, mentira, engaño, robo, fraude, compadrazgo, tráfico de influencias y tantos otros males. Junto con combatir institucionalmente estos vicios, cada líder tiene que hacer una opción decidida por la verdad y el servicio a los demás.

E invitarlos a un liderazgo que privilegia a los pobres, a nuestros hermanos más pequeños, cuidándolos en sus fragilidades y haciéndolos partícipes de su propio desarrollo.

El Papa Francisco, en la Fratelli Tutti, le pide a los políticos y líderes que se pregunten. “¿Hacia dónde estoy apuntando realmente?”. Y señala que “después de unos años (…) la pregunta no será: ¿Cuántos me aprobaron, cuántos me votaron, cuántos tuvieron una imagen positiva de mí?. Las preguntas, quizás dolorosas, serán: “¿Cuánto amor puse en mi trabajo, en qué hice avanzar al pueblo, qué marca dejé en la vida de la sociedad, qué lazos reales construí, qué fuerzas positivas desaté, cuánta paz social sembré, qué provoqué en el lugar que se me encomendó?”.

Hermanos, hemos escuchado en la palabra bíblica esa hermosa lectura de san Pablo que nos recuerda que si no tenemos amor, no somos nada; que si no hay amor, de nada me sirve lo que hago o pretendo. El amor no es solo una virtud o dinamismo para las relaciones íntimas y cercanas, sino también para las relaciones sociales, económicas y políticas. Y por eso la política y el servicio público es una forma excelsa de caridad.

En este día de nuestro aniversario patrio, en este significativo lugar de oración de nuestra ciudad y región, reconocemos también el don de la fe que habita en nuestro pueblo y muy especialmente en nuestra Región, y pedimos que Chile no olvide a su Creador y Señor. Que renueve cada día sus motivaciones espirituales, porque somos hijos e hijas de Dios y hermanos de los demás, llamados a caminar fraternalmente en el amor. A la Virgen del Carmen, estrella de Chile, le confiamos también el caminar de nuestra patria.